

Entre sueños y obsesiones

Néstor Martín Palermo

“el silencio es cierto”

A. Pizarnik

EL SILENCIO Y LA MIRADA

Dos clásicos de la literatura universal, *La Odisea* de Homero y el *Ulises* de Joyce nos han sugerido algunos interrogantes.

Sabemos que en ambas los héroes soportan sobre sus espaldas el peso del exilio exterior e interior, sabemos que al final de su peregrinar, de sus peripecias, ambos regresan a sus hogares en un encuentro y reconocimiento por sus mujeres. También sabemos que esta anagnórisis tiene en ambos como escenario una cama. Escenario que simboliza como ningún otro el impulso generador de vida, de unión sexual, de procreación. También sabemos que el relato del viaje de estos héroes está escrito con profusión de palabras. Con riqueza verbal; e, impresas en éstas toda la fuerza de la pasión, la sensualidad, la resonancia dionisíaca y el rumor, el ruido que ellas han provocado. A ambos poetas los sabemos ciegos. Ambas obras nos sugieren un interrogante acerca del silencio y la mirada.

Molly conoce el exilio una noche en que recostada sobre su cama descubre que para poder amar tuvo que traicionar. Ese monólogo torturante y tortuoso, deslumbrante y cruel, que ilumina por un instante toda su vida, pone al descubierto que el disfraz de la palabra es un límite que ella misma no pudo franquear.

De no haberse visto reflejada en el espejo de Penélope, Molly hubiese estado condenada a la soledad eterna. Encarnada en su doble, engaña en nombre de la fidelidad de otras mujeres y, esto da la medida de su desesperación. No siente que pueda ser redimida en el arte o el amor sino en el sacrificio. Ser fiel a este sacrificio es preparar el renacimiento en otra. Aquí la *infidelidad* es mediadora. Imagen

literaria, proteica, permeable a todas las transformaciones posibles, idéntica a sí misma, porque en la noche en que duerme con Ulises, Penélope soñó a Molly. Era necesaria la aparición de Molly sumergida en la infidelidad como doble invertido para que Penélope fuese virtuosa. Coincidencia de los opuestos. Libera la voz acallada durante tantos siglos de Penélope. Personajes estos que nacen, entre otras cosas, de otros personajes. El sacrificio de Molly es un corte con el pasado; pero, es también un comienzo. ¿En cuántos espejos se verá reflejada en lo sucesivo?

Qué es sino esto lo que nos hace retener su nombre de un fracaso que duele.

La imagen invertida de una en otra tiene una composición circular: una sale de la otra y a ella vuelve. En estas figuras el tiempo forma ciclos que vuelven a repetirse.

Joyce, es el Sansón Carrasco que nos trae la noticia de este movimiento circular, de este carácter reflexivo que opera como espejo. En un movimiento dialéctico Molly actualiza un pasado postergado, en suspenso. Mito griego reformulado, resemantizado. Esta distancia que separa la cordura de una y la erótica impune de la otra ha sido atravesada por sucesivas mediaciones para decirnos que no hay pasado ni porvenir, que aquí “todo es presente”. La astucia de una en la virtud, de la otra en el engaño, proceden de su desesperación, de hallarse bajo el dominio de la fatalidad, insondable para ambas, de ahí su fracaso. El lenguaje hablado en una, callado en otra, nos habla de su articulación con la experiencia; sobre todo, en relación a la experiencia con el hombre.

Arte radical, paradojas de lo infinito, desdoblamiento interior. Historias que regresan en ciclos como las estaciones del año y se repiten hasta el infinito. Literatura en movimiento que hace de la repetición su modo de realizarse. Relatos de apariciones, de máscaras, donde la identidad está debajo de los cambios. Máscaras que permiten proferir lo que sería imposible decir a cara descubierta; invitación a escuchar el mensaje latente bajo estas máscaras que adoptan mil disfraces con la molesta impresión de sumergirnos en una nueva Babel.

Pero, si ya no es posible amar, toda esperanza queda aniquilada. Sin amor, ¿qué significan estas imágenes en una condensación que es símbolo de eternidad, de laberinto infinito? Tal vez signifique que el amor es errático, que ambas Penélope-Molly son *una*, que fidelidad e infidelidad son dos caras de una misma moneda y, esta errancia

es la entrada en ese camino tortuoso, entrada y salida a la vez y, esto esconde el secreto del amor que hace descarriar y atrae con engaños. Que la infidelidad de Molly comprende la fidelidad de Penélope porque ésta, al ignorar la infidelidad, ignora también el goce de la fidelidad. Molly incluye a Penélope porque la necesita para conocerse a sí misma. Tal vez signifique también esto que la infidelidad es un imposible.

El amor en el tiempo, tiempo sin fin, fluir perpetuo. Forma geométrica que une los puntos del principio al fin. Recopilación de la memoria donde “lo único permanente es el cambio”. La ominosa desnudez de lo real exige metamorfosis permanentes como soporte de lo tolerable. Todas las historias cristalizan en una historia. Una obra es hija de todas las obras, de ahí la forma caprichosa de las mismas. Abarca la compleja realidad del hombre y este movimiento poético deviene imagen pictórica que se ofrece a ser mirada y mirarse.

Estos laberintos no tienen senderos alternativos, sino que son un tránsito del mundo antiguo al moderno punteado en instantes discontinuos o, para decirlo con palabras de San Agustín, “El instante de la eternidad es como un tiempo que no concluye jamás, donde lo idéntico mismo sería siempre nuevo tu en cambio, eres el mismo, y tus años no mueren...tu hoy es la eternidad”.¹

Estas discontinuidades, los contrastes, la identidad y los cambios, sirven a la *Gestalt* de un orden estético. ¿Qué es la literatura sino una vasta y profusa acumulación de personajes y acontecimientos que permanentemente son reenviados de una cultura a otra para que un poeta opere su reformulación en un proceso de despojamiento y cambios constante de ropajes y escritura?

Molly es una variación de Penélope, objetiva lo no realizado en ella. No puede ser comprendida más que por aquello que la diferencia de Penélope. Es el límite del sueño de ese original perdido para siempre reencontrado en la fatalidad de su fracaso. Molly y ese mortificante fracaso de sostener su relación en el registro de la pasión, de la necesidad, al borde de la descomposición de los sentidos. Relación plagada de obsesiones y desgarramientos.

La trasgresión de los sentidos: es la clave que nos permite ver su intento desesperado de salvar lo que subsiste de su mundo roto. La intimidad *agonal* entre el amor y la muerte, el amor y el odio y, tan

¹ Eugen Fink *La filosofía de Nietzsche*. Alianza Editorial, Madrid, pág. 21, 1979.

inconsciente ella de ese desenfreno organizado en torno suyo. Esa brutal inocencia la representa, son manifestaciones de un posible camino de salvación plagado de símbolos y ardidés.

La horrorosa muestra de sadismo, su irritante hostilidad a Leopold, contracara de Odiseo, es imagen onírica invertida de Penélope.

Entre la vigilia y el sueño se proyecta la imagen de una en otra. La imagen y sus espejismos, la imagen y su doble, el doble y su multiplicación. Identidad de los opuestos.

El silencio de Penélope estalla en el paroxismo verbal de Molly en el monólogo (*evagatio mentis*) y ahí es, donde lo no dicho en aquella está plenamente realizado en ésta. Libera la voz acallada durante tanto tiempo. Penélope calló por amor, se vació a sí misma y, por lo que calló es conocida. Molly habló por amor.

Desde el discurso de Molly la mujer ya no hablará más igual, no usará la misma mascarada simbólica, no revestirá la belleza del mismo modo. Legado de una mujer dispuesta a asumir todos los rostros de la mujer. Su alma se llenó de otros tiempos.

LA PALABRA Y LA IMAGEN

La palabra asume un compromiso total, libera su propio poderío o, como dice Lacan, "...la palabra constituye la verdad; incluso si está destinada a engañar, especula sobre la fe en el testimonio".² En Molly, la palabra es el guardián de la aventura de su hombre. Estas representan el punto cero de su historia, imprime a éstas una densidad física en el convencimiento más íntimo que al punto que congelaban su pasado, comenzaban a pertenecer al futuro, que ya no era su tiempo.

Habla en imágenes e imagina palabras. Rosario de palabras enhebradas por una oscura, viscosa, sutil fábula que surge de un horroroso vacío, del hastío experimentado hasta las últimas consecuencias, de un tope con lo Real. Se deja transportar por los recuerdos cansada de jugar con el destino, de artificios, de pasiones terrenales.

Derrame de adentro hacia fuera, vaciamiento de pasado. Desde aquí ya no podrá avanzar ni retroceder. Es un relato de agonía y muerte llevado hasta el límite.

El monólogo es parodia, descomposición del lenguaje, vacuidad,

² Jacques Lacan, *Lectura Estructuralista de Freud*. Cap III, pág. 73, Ed. Siglo XXI, Mexico, 1971.

anonadamiento, futuro-presente, presencia de ausencias, en síntesis, un intento desesperado por volver al mundo antiguo del relato verbal como medio de retrasar la tiranía de la imagen. Evoca emociones que no nacen de su historia sino de las palabras mismas. Anticipo y rechazo de una “modernidad” que presiente de una manera vaga e indeterminada. Esta caída que experimenta nos muestra que la inhospitalidad de lo por-venir ya está presente ahí en algún sentido o, para decirlo en palabras de Holderlin, que: “Es el tiempo de los dioses idos y del dios que va a venir”. Despedida nostálgica, señas, deslizamiento del crepúsculo para renacer en otro comienzo, en un comienzo que presiente de indigencia.

Llevó al límite lo que una mujer puede de sí y, si el lenguaje se convirtió en escatológico es porque eso era la última posibilidad de dejar una marca, sobre todo acerca de la moralidad de una época. Las ruinas de su lenguaje muestran fascinación y temor por el ocaso. Experimenta la certeza de no tener más que profundidades, abismos, visión de pesadilla que casi equivale a una agonía. Quiebre radical, visión horrible de su mundo. Su insomnio brutal le permitió conectarse con el secreto de su vida, con sus sueños rotos, “con la soledad incurable de su alma”, con una mirada de asceta. Mujer crepuscular, tránsito y ocaso!

Se experimenta la caída de la Tragedia en Comedia: acto universal.

¿A dónde lleva ese discurso?

El Sí final de Molly permite re-ligar la circulación del deseo, atravesar las contradicciones, sostener un ideal que Leopold debe conocer [o acceder] por el sufrimiento. El Sí de Molly es un don, el símbolo del dar, un reconocimiento. Su delirio perpetuará la memoria de Leopold. Si Horacio, Ovidio, Lucano, Dante, están en el Infierno es porque los olvida Beatriz. Esto es, en consecuencia, lo que Molly encarna para Leopold: las paradojas del amor, el encarnizamiento de la soledad, el convencimiento de que lo peor para él, para ambos, era el olvido. Deseo, amor, pulsión de muerte, descubrimiento que uno hace del otro en una dimensión que ignoraban. Cada uno ha transitado su propio laberinto con sus angustias constantes, su dudas y certezas, sin embargo tan extraño el uno para el otro.

Para Leopold Bloom, en cambio, el deseo de Absoluto, de ser Ulises pudo más que su dolor. Desde su fragilidad, en movimiento

perpetuo por mil senderos, trató de encontrarse a sí mismo mientras se perdía y, como tampoco pudo evadirse tal como aconteciera con Odiseo, su figura se hizo epocal. Era necesario conocer la noche, como *Psiqué* entre los mortales, buscando su único bien, el amor esquivo, en retirada. Al límite de la palabra el amor ha purificado la peregrinación terrena de este Ulises moderno. Al límite de sus fuerzas Leopold escucha esa música en sordina que habla sólo para él... musicalidad de la palabra. Es aquí donde palabra e imagen se hacen una sola cosa.

Ante la mirada de la mujer como aquellos personajes dantescos que no tienen acceso a la contemplación de la luz, ha debido sufrir para ser libre, jugarse a todo o nada y perder. “Amor, *che nella mente mi ragiona*” (Infierno, C. I X).

En este mito contemporáneo hay también una verdad velada, que aparece para acoger un contenido disfrazado. Molly aparece al final para significar que de su fugacidad, de su vacío significante surge toda significación posible de la obra.

También a Dante, en sus viajes por los círculos que conducen al Paraíso, Beatriz se le presenta velada. La máscara que cada cual usa es, a su vez, una parte de su rostro. Esto hace a la mutabilidad e inmutabilidad de los personajes donde todo es igual pero de otro modo. La vida misma está hecha de repeticiones, de actos inconclusos, de esfuerzos inútiles a la espera de la muerte y recibe de ésta su sentido definitivo.

La historia, que se repite circularmente, es memoria que anticipa el porvenir y, las historias no están destinadas a conocer el universo, sino la existencialidad del hombre. La novela universal, esta larga marcha de la historia, reinventa permanentemente al hombre y esto hace que sea algo más que una colección interminable de metáforas, por memorables que fuesen.

En los siglos transcurridos el ser muere y renace entre vigilia y sueño. En Ulises y Bloom, Penélope y Molly, el hombre vuelve a morir sin dejar de quedarse atrapado en la memoria de otros muertos. La literatura, esta portentosa empresa colectiva, cristalizada en imágenes, trata de persuadirnos de que se trata del mismo hombre, el desterrado, el exiliado, el apátrida, el hombre en caída al límite de sí mismo y ahí puede estar el secreto de su permanente atractivo. De ahí tal vez la búsqueda de la clave de una vida en todas las vidas. Exilio, viajes, aventuras, más allá del encantamiento, el viajero es arrojado “*al eterno Retorno de lo mismo*”. O, como dice María T. Maiorana,

“La simetría de personajes, de hechos y de dolor, prueba las contingencias de una inexorable fatalidad y, como las imágenes en dos espejos confrontados, repite hasta el infinito la sujeción a lo inevitable”.³

En la exacerbación de los sentidos, Leopold experimenta hasta las últimas consecuencias el peso del hastío y las tinieblas y, llega al convencimiento que el dolor está más próximo que la beatitud en el camino de la liberación. Liberación de las ataduras y desgarramiento del velo de vagabundo extraviado. Liberación de ese doble exilio: interior y exterior. Ha deambulado por la ciudad, fuera de toda corriente vital, meditando vaguedades en una realidad omnipresente y anonadante; fuera de todo círculo social, de todo lazo social, desarraigado. Su familia y su ciudad fueron sus laberintos pero no intentó salir de ellos.

Sin embargo, luego del sufrimiento: el renacer. Resurrección por el amor. Anclaje del judío errante. El amor lo ha purificado de la liviandad de su vida, de su poco amor.

Muerte y renacimiento: metamorfosis de este héroe contemporáneo que como Dante es llevado hacia la luz por una mujer. Beatriz es mediadora entre lo terrenal y el mundo suprasensible, Molly es mediadora de Leopold consigo mismo, cuerda tendida entre la cotidianidad y el abismo. Acaecer de la mismidad: reunión de hombre y ser.

Para Dante más allá del lenguaje está la luz, para Leopold más allá de la desesperación está la vida en expansión continua.

Esta búsqueda arrastra nuestros personajes a las tinieblas en un recorrido inefable, extravagante, plagado de laberintos metafóricos que obliga a ambos a pasar por los mismos artilugios para evadirse del tiempo y de la muerte en este deslizamiento perpetuo por el desorden de lo Real.

Ulises, como L. Bloom, para salvarse busca huir del mundo, pero sin abandonarlo.

Nos surge un interrogante: ¿por qué estos peregrinos en una deriva sin límites, sin comienzo y sin fin a través de un viaje imposible hacia la búsqueda de la Luz terminan su recorrido ante una mujer?

³ María Teresa Maiorana *Estudios, Reflexiones, Miradas de una Comparatista*. Ed. Biblos, Buenos Aires, pág. 292, 2005.

LA MIRADA Y EL SILENCIO

Es ante la mirada de una mujer que esta exploración de la vida deviene una aventura. Esta mirada que borra los límites de lo finito, donde se pierde la conciencia de lo imposible habilita la aventura; eso que llamamos empresa y que transforma a todo peregrinar en un acto fundante. Esa mirada que organiza el orden simbólico humano, la que permite aceptar el lazo que une a la vida y a la muerte; esto es, aquello que permite asumir que para poder ganarlo todo, antes hay que perderlo todo. “Vida y muerte se encuentran profundamente hermanadas en un movimiento rotatorio misterioso; cuando la una sube, tiene la otra que bajar; unas figuras se forman al romperse otras; cuando una cosa sale a la luz, otra tiene que hundirse en la noche”.⁴

Sócrates recibió de la sacerdotisa de Antinea el saber sobre la sexualidad y la belleza. Ulises hace amistad con Atenea y ésta lo protege, Ariadna salva a Teseo, Antígona guía a Edipo, etc. La figura femenina es el espejo que refleja estas historias, Reflejo especular.

La articulación del amor y el sacrificio es el destino de este viaje dantesco. Estos personajes de la modernidad, lejos de ser arrastrados por la borrasca eterna, son figuras paradigmáticas del orden social contemporáneo.

Esta relación con una mirada en el pasado. Con reminiscencia de amor cortés; esto es, con el vasallaje del “Caballero a la Dama” también es anticipo de un tiempo nuevo, de la declinación de la imagen masculina.

Molly tiene un saber, lleva a la luz las encrucijadas simbólicas, las especulaciones herméticas, las vacilaciones de Leopold. Saber posible y probable de peregrina de una nueva época. Es el negativo ético, el semblante oscuro de Leopold pero, no es distinta a él porque aquí el bien y el mal no están separados uno de otro.

Lleva sobre sus espaldas la cicatriz del desposeimiento. Desesperanzada obstinación por lo Absoluto, para que toda alegría y toda tristeza fuese eterna.

Si queremos encontrar un verdadero retrato de la mujer de estos tiempos no podemos prescindir del rostro de Molly. Cada palabra de ésta tiene resonancia para su época, cada silencio también. La abarcan estrechamente. Es aquí donde una imagen de mujer toca a su fin, algo llega a su fin, marca el ocaso de la subjetividad. Molly viene,

⁴ San Agustín, Confesiones, XI, 13, 16, *Obras de San Agustín*, Ed. B.A.C., Madrid, 1957.

como Saratustra, a hablarnos que algo llega a su fin pero sin anunciar nada sobre lo venidero.

El acompañante ideal de esta figura sería Saratustra, “Otro” paradigmático, espíritu creador y profeta, compañero de viaje de la cultura judeo-cristiana, matriz de esta Imago femenina donde en Molly alcanza sus propios límites.

EL SILENCIO Y EL DECIR

El silencio inicial de Molly es su arma que estalla en un *logos*.

La unión del silencio y el decir indican el camino de la salvación de Leopold. En este pasaje del silencio al decir está el desciframiento de su desorden interno, de su desavenencia con ella: en suma, con la figura femenina. Ese silencio significativo, fuente de todo decir, que como el silencio de la música ordena el sentido de la familia de las tonalidades, también ordena ese desorden existencial y donde a partir de un Sí ya nada será lo mismo.

La palabra final de Molly brota de su silencio. Del silencio que nunca cambia, desde lo inmutable. Reflexión liminar, ritmo, movimiento, presencia y ocultamiento, pasaje de la palabra al ser, sentido que surge del sinsentido, musicalidad del discurso, ensoñación erótica: autoafirmación!

Sólo perdiéndose a sí misma conquistará el mundo que le ha tocado vivir. Había permanecido en la obra en una pasividad alerta. Es, sin embargo, esta pasividad la que confiere dignidad a su monólogo: discurso nocturno y de amanecer, de nuevo día. Discurso proferido en la hora de la noche que precede la salida del sol, de “la noche que seca las lágrimas”.

En éste dice más de lo que quiere decir, la verborrea en que aparece es la medida de que lo dicho es más que el decir.

Testimonio que una mujer deja a otra mujer, indicio clave de la inauguración de un mundo nuevo. Proceso de conciliación y nacimiento, a la vez, de una nueva imagen de sí, de una nueva imagen de mujer. Pasaje del mundo antiguo al moderno.

Molly deviene en este acto pasional, ocaso y puente. Sacrifica su vida para afirmarla. Da testimonio de este ocaso, no puede desvincularse de él ni puede trascenderlo. Su meditación en el monólogo es meditación preparatoria, es anticipo. Encarna ella misma la caducidad. Ha realizado una experiencia radical, ha tomado su propia vida

como experimento. Se deshace de rituales extraños que la mujer se había impuesto a sí misma durante siglos. Es un puente, lo sepa ella o no. Intenta proyectar la imagen de mujer, después del eclipse de la imagen de la mujer.

Entonces, oyó resonar en su memoria un verso de Santa Teresa de Avila: "... para siempre, para siempre, para siempre". Volatilización del tiempo: conciliación de mitos, pasados y presentes, de todos los héroes, de todos los símbolos.

La búsqueda de lo Absoluto es lo que separa y une a estas figuras de la historia universal, encerradas entre silencios, porque el diálogo entre ellas llega a una síntesis conciliadora entre interior y exterior, finito e infinito. La finitud de Molly es un eco de la infinitud de Penélope.

Las últimas palabras que brotan de todo su silencio recogen la verdad de la experiencia del hombre, y esto devela que la empresa humana no se basta a sí misma.

Ahí donde cada hombre es testigo de ese malentendido universal, del mar griego al mar de Irlanda, una mujer salva al hombre por amor. Moly, esa hierba mágica que Hermes da a Ulises para inmunizarlo de los hechizos de Circe se transforma en Molly que rescata a su hombre de la *nada*.

*Alba
Fresca como las pálidas hojas húmedas
De los lirios del valle.
Al alba yace ella junto a mí*
Ezra Loomis Pound

Trabajo presentado: 19/08/2011

Trabajo aceptado: 21/09/2011

Néstor Martín Palermo
Austria 2133, 7° "C"
1425 Capital Federal
Argentina

E-mail: mpalermo27@hotmail.com